

Benito Rial Costas (ed.)

Aldo Manuzio en la España del Renacimiento

Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas,
2019, 402 p.

ISBN: 978-84-00-10578-5

Arturo López Martínez

Universidad de Salamanca – IEMYRhd – Proyecto ACOC
arturoilm97@usal.es

Como si de un mito se tratase, Aldo Manuzio *el Viejo* (1449-1515) marca un hito insoslayable para quienes se adentran en ramas del saber tales como la historia del libro, el estudio filológico de los clásicos griegos y latinos, los orígenes técnicos de la imprenta y sus presupuestos ideológicos, la historia de nuestros usos escriturales o la manufactura de la encuadernación artística. En 2015, en conmemoración del quinto centenario de su muerte, Benito Rial Costas organizó junto con Antonio Carpallo un seminario en la Universidad Complutense de Madrid cuyo título, “Manuzio en España/*Manuzio in Spain*”, así como las ideas que el mismo Rial Costas expuso y algunos de los trabajos presentados en aquella sazón, preludiaban ya el advenimiento de esta monografía colectiva, publicada cuatro años después. La iniciativa se adscribe al marco de las actividades del proyecto FFI2015-67335 del Ministerio de Economía y Competitividad y el FEDER, con título “Estudio filológico de los textos clásicos latinos transmitidos en impresos incunables y postincunables conservados en España III” (con página web: <http://www.incunabula.uned.es/>).

El libro que aquí se reseña nace ante la necesidad de refundar, como explica su editor en la introducción, las premisas que durante siglos han delimitado nuestro conocimiento del taller aldino, y que “han enturbiado enormemente nuestra comprensión de su impacto” (p. 16). Se trata de una miscelánea de trabajos que ofrecen al lector una valoración de talante multidisciplinar sobre el aporte de Aldo a la historia de nuestra cultura escrita, abordando ese complejo fenómeno que se conoce como *modelo aldino* y la huella que dejó en España, desde las diferentes perspectivas en que el objeto de estudio merece ser atendido: ora valorando por separado la contribución de Aldo de la de sus herederos —su hijo Paolo y su nieto Aldo *El Joven*—, todos ellos agentes activos en la creación

de ese modelo, y considerando “las copias de dicho modelo como creadoras y no simples transmisoras o deformadoras” (p. 19); ora desglosando las distintas dimensiones —la editorial, la filológica, la estética— en que el modelo se materializa, tratando por separado las facetas de Aldo como editor, autor, traductor e impresor. Estas premisas, definidas ya por Rial Costas en aquel seminario, funcionan como principio estructural cohesivo entre todas las contribuciones de los distintos especialistas que participan en la redacción del libro.

A medida que avanza en la lectura de los diferentes capítulos, el lector va quedando sorprendido por la magnitud y complejidad del *rayonnement* que la hazaña aldina tuvo en suelo ibérico, ya palpable desde los orígenes de su taller tipográfico en Venecia. Rial Costas nos ofrece en el prólogo (p. 11) y en la introducción (p. 15-21) una síntesis del estado de la cuestión que nos lleva a comprender la necesidad y urgencia de una publicación de tal calibre para hacer avanzar la investigación científica en ámbito humanístico sobre estas renovadas consideraciones; y que constituye, como ya se ha dicho, un excelente pórtico a los distintos capítulos que vertebran la lectura. El testigo aldino pasa de Venecia a España por algunos de los principales humanistas y eruditos del siglo XVI: el comendador Hernán Núñez de Guzmán ‘el Pinciano’ y sus discípulos, Diego Hurtado de Mendoza, Juan Calvete de la Estrella, Francisco de Mendoza y Bovadilla, Juan Páez de Castro, Diego de Covarrubias, Jerónimo Zurita.

Vicente Bécares Botas (“Aldo en Salamanca”, pp. 23-39) confronta ese humanismo que él llama ‘italo-aldino’, a la cabeza en la labor de recuperación y transmisión del legado clásico, frente a nuestro otro humanismo, que denomina ‘hispano-nebrisense’, centrado en la asimilación e incorporación de ese legado al patrimonio cultural nacional, gracias a la previa intervención de los humanistas de las universidades de Alcalá y Salamanca, como el Pinciano, responsables de la restauración filológica de los textos; concluye Bécares ilustrando en síntesis las condiciones de aquel proceso de incorporación de los clásicos en España durante los siglos XV y XVI.

Roland Béhar (“Boscán, Garcilaso y la biblioteca ideal de Aldo Manuzio”, pp. 41-68) delinea el canon de *auctores* que determinaron en Boscán y Garcilaso el fermento para la renovación de la poesía castellana a la zaga de los modelos grecolatinos y toscanos incluidos en el catálogo aldino; parte de la relectura del encuentro granadino entre Boscán y el embajador veneciano Andrea Navagero —este último teniendo una importancia crucial en la segunda fase editorial del taller aldino— para terminar evaluando en qué medida el programa editorial ideado por Aldo sirvió a nuestros poetas con vistas a la renovación de nuestra literatura, su lengua, sus formas y pretensiones.

Antonio Carpallo Bautista (“Aldo Manuzio: encuadernador de bibliófilos”, pp. 69-84) nos acerca los aportes de los Manuzio —Aldo *El Viejo*, Paolo y Aldo *El Joven*— al arte de la encuadernación, presentándolos como encuadernadores de bibliófilos, tras deducir, a partir del estudio de la clientela que demandaba sus encuadernaciones, que éstas siempre fueron objetivo de coleccionistas; por tales

razones, sitúa el estilo aldino en la cumbre de una tradición decorativa —la encuadernación artística— que en Italia ya estaba en apogeo desde la segunda mitad del siglo xv.

Antonio Dávila Pérez (“Grados del impacto del libro aldino en los *Studia Humanitatis* de España a través de los textos”, pp. 85-115) nos ilustra los diferentes grados de impacto que el canon de ediciones aldinas tuvo entre nuestros humanistas e intelectuales de los siglos xvi y xvii a través de los diferentes ejemplos que recoge, que van desde las traducciones del valenciano Vicente Mariner hasta la labor pedagógica de Juan Lorenzo Palmireno.

Arantxa Domingo Malvadi (“Aldo en las Bibliotecas de los humanistas españoles”, pp. 117-155) y Ángel Escobar (“Varia fortuna del Aristóteles griego de Aldo (1495-1498) en la España del siglo xvi”, pp. 157-177) aducen la predilección por las ediciones aldinas que manifestaron algunos de nuestros intelectuales del siglo xvi. La primera repasa las ediciones que compraron el Pinciano y algunos de sus discípulos, Juan Páez de Castro y Diego de Covarrubias, y, a partir de diferentes indicios documentales —cartas, notas de adquisición de libros para universidades, pero también las anotaciones manuscritas de la mano de aquellos presentes en los mismos ejemplares—, corrobora el interés de todos ellos por el catálogo aldino. El segundo nos habla también de Núñez de Guzmán y otro de sus discípulos, Francisco de Mendoza y Bovadilla, para extraer, a partir de las anotaciones manuscritas de ambos a la aldina de Aristóteles, una reflexión sobre la contribución de Aldo a la senda que el aristotelismo hispano recorre desde Alfonso de Cartagena hasta Erasmo de Rotterdam.

José Luis Gonzalo Sánchez-Molero (“Los impresos aldinos en la educación de Felipe II: tipografía y heterodoxia”, pp. 179-215) nos muestra la predilección por las aldinas también en la corte principesca de Felipe II, y defiende, tras una previa y minuciosa reconstrucción de la formación del futuro monarca, el peso que estas ediciones tuvieron en la educación regia, gracias a la mediación del instructor del futuro Rey Prudente, Calvete de la Estrella.

Manuel José Pedraza Gracia (“Presencia de Aldo Manuzio en las imprentas peninsulares de la Corona de Aragón”, pp. 217-240) trata de elucidar las condiciones reales de la recepción de Aldo en territorio aragonés, concluyendo con un tono ciertamente pesimista la ausencia de un rastro aldino en las imprentas aragonesas, tras evaluar las limitaciones de producción y distribución de libros impresos que se esgrimen del contraste del modelo empresarial-tipográfico aldino frente al de los talleres aragoneses.

Inmaculada Pérez Martín (“Las aldinas griegas de Diego Hurtado de Mendoza”, pp. 241-268) elabora un recuento de las aldinas de la biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza, y las clasifica según los distintos itinerarios que aquellas recorrieron después de la muerte del comprador; de los treinta y seis ejemplares aldinos del legado mendocino que hoy se conservan en el Escorial, la autora sugiere hipótesis acerca del modo de trabajar de Mendoza al trasluz de sus anotaciones manuscritas.

Fidel Sebastián Mediavilla (“Manuzio y la puntuación en la España del xvi: la lenta incorporación del punto y coma aldino”, pp. 269-316) nos da noticia de la revolución que el taller aldino, en colaboración con Francesco Griffò, introdujo en los aspectos relativos a los usos gráficos de la imprenta, repasando el lento proceso de fijación de una puntuación para la imprenta en España por varios derroteros que conviene separar —porque una cosa fue la incorporación y estabilización de un sistema interpuntivo en las letrerías de las imprentas; otra, su empleo en los impresos; y otra, su inclusión en los tratados de ortografía—, y dentro de este proceso, queda tratada con mayor exhaustividad la aparición y difusión del semicolon aldino —el punto y coma—, registrado por vez primera en el *De Aetna* de Pietro Bembo impreso por Aldo (1495).

Julián Solana Pujalte (“Las ediciones aldinas en la biblioteca de la catedral de Córdoba y el legado de Juan Ginés de Sepúlveda”, pp. 317-345) reconstruye la biblioteca aldina de Juan Ginés de Sepúlveda, a la que pertenecieron diversos ejemplares localizados recientemente en la biblioteca de la catedral de Córdoba, donde hoy en día se conservan.

La obra se cierra con una bibliografía conjunta, extensa y actualizada, a cuyos títulos remiten las notas a pie de página presentes a lo largo de todos los capítulos; y se remata con anexo final de cuatro índices —índice onomástico (pp. 373-389), de manuscritos (pp. 391-392), de obras antiguas impresas (pp. 393-400) y de figuras (pp. 401-402)— donde se recogen, de manera exhaustiva y fácil manejo, todos los conceptos relevantes, referencias cruzadas y datos esenciales para la localización exacta de los textos citados. Estamos, pues, ante una obra de consulta necesaria para seguir ahondando en la comprensión de nuestro patrimonio textual, en cuyas raíces se halla ancorada la huella de Aldo.